

"Intermedio"
Bogotá

IAS GRANDES RESERVAS DEL ESPIRITU.

El Congreso Mundial Vasco de Paris.

Vivimos en un mundo atribulado. Hasta ayer aun, la hipocresía era tributo que la política y la diplomacia pagaban a la moral, para quebrantarla. Hoy se afirma el egoísmo con cínica desenvoltura. Ya no es precisa la distinción entre la tesis y la hipótesis cuando se trata de coonestar situaciones más que dudosas. La hoja de parra de la hipocresía desapareció como atende innecesario. Ni la "moral de circunstancias" es invocada. ¿Para qué? Los textos de Maquiavelo palidecen frente al realismo y existencial del ambiente nefítico que respiramos.

¿Es que no existen reservas del espíritu para impedir que el hombre se deshumanice? ¿Es que todo en la vida va a ser técnica, burocracia y realismo? ¿Es que ya no va a insuflar emoción vital aquella evocación optimista y creadora de Santa Teresa de Avila, tan profundamente cristiana y humana que descubre el cielo en el corazón del hombre que ama? Estos interrogantes se los plantea cada día el espíritu pensante. La respuesta que diera la filosofía, sería fría y sin vida. Por eso es preferible la que brinda la experiencia. Nosotros queremos ofrecer a los lectores de INTERMEDIO un punto de observación de la vida misma.

El año 1936, la sublevación militar encabezada por el general Franco daba comienzo a la guerra civil española, preludio o primer acto de la guerra civil mundial. En 1939, triunfantes las armas de los sublevados, se asentaba en España el régimen que encabeza el dictador de El Pardo. Han transcurrido veinte años desde la primera fecha y diez y siete desde la segunda, años largos de represión y exilio. A los diez y nueve de la destrucción de Guernica por los aviones de Hitler, el Gobierno de Euzkadi, que bajo el árbol santo había jurado lealtad a las dos grandes causas de la democracia humana y de la libertad patria por la que luchaban los vascos, ha convocado y presidido en los salones del Hotel d'Orsay de Paris, su Congreso Mundial.

En él se han congregado hombres liberales, socialistas y demócratas cristianos, sindicatos obreros de carácter social-demócrata, cristiano y marco-sindicalista, capitales de empresa, sacerdotes, estudiantes, investigadores, delegados procedentes de todas las partes del mundo, representantes de las colonias vascas de Filipinas y Estados Unidos, de las repúblicas continentales e insulares de Centro América, de los países del Pacífico y el Plata, de varias naciones de Europa, hombres sin nombre procedentes del interior del país vasco ocupado por el régimen franquista. Ciento cuarenta Comunicaciones les habían precedido, clasificadas por las Comisiones Política, Cultural, Social-Económica y de Colonias, recogidas en Conclusiones aprobadas por las Secciones respectivas primero y el Congreso en pleno después.

Al margen del Congreso y en los propios salones del Palais d'Orsay, se han celebrado dos banquetes de singular significación. Uno ofrecido por el Gobierno Vasco al presidente de la República Española en el exilio, a su Gobierno y a las personalidades representativas y destacadas de carácter republicano, socialista y catalán, residentes en Francia, banquete cerrado por sendos discursos de los señores Aguirre y Martínez Barrio. Otro que el propio Gobierno ofreció a los amigos de los vascos, en el cual, tras unas palabras del Presidente Aguirre, fueron apasionadamente aplaudidos por los trescientos comensales los discursos de los señores Pezet, Vicepresidente del Senado francés, Mayer ex-ministro socialista y Presidente de la Comisión de Negocios Exteriores del Parlamento, Dumas, escritor demócrata cristiano y devies, exministro laborista británico.

La bandera vasca, el escudo de Euzkadi, coros y danzas euskaras a cargo del grupo "Etoriki" de Paris, fueron marco en el que se desarrollaron las escenas del Congreso y los actos relacionados, a la vista de las aguas tranquilas del Sena, bajo la silueta de la Torre Eiffel,

junto al emplazamiento que Napoleón escogió para su tumba. Como complemento de los mismos tuvieron lugar diversas recepciones celebradas en la Delegación de Euzkadi y en Eskual-Etxea, el club vasco de París.

Todo ello constituye el marco formal y externo del Congreso y su contenido orgánico, muy interesante en el espíritu y la letra de las Conclusiones adoptadas y en la manifestación del afecto y consideración que el pueblo vasco disfruta en la capital de Francia. Pero lo que a nosotros nos interesa destacar, es el alma del Congreso, su significación más honda y cordial, lo que el Congreso puede aportar al sentido humano y a la vida espiritual de nuestro tiempo.

La primera y fundamental conclusión proclamada por el concilio de los demócratas vascos es su resolución de persistir, frente a un mundo que vuelto de espaldas a la moral y a la decencia, les ha negado el pan y el fuego, asistiendo a la rebelión militar en su lucha armada desde el Comité de No Intervención y negando a la República española los beneficios del triunfo alcanzado al precio de los cincuenta millones de víctimas humanas inmoladas en la gran guerra a la causa de la libertad. Esa actitud constituye el testimonio de una gran reserva del espíritu. Algunas anécdotas vividas en el propio Congreso ilustrarán esta deducción.

Era ministro de Sanidad del Gobierno Vasco en 1936 Don Alfredo Espinosa. El aterrizaje en la playa enemiga del avión en que volaba entre Toulouse y Bilbao, le puso en manos del general Franco, que lo pasó por las armas. Momentos antes de ser fusilado pudo entregar a su confesor una carta dirigida al Presidente del Gobierno Vasco, en la que se despedía de la vida. La carta, escrita con pulso firme, hacía una sola petición al Jefe del Gobierno: la de que en las deliberaciones previas a la ejecución de sentencia que llevara impuesta la pena capital, cualquiera que fuera su causa, se le tuviera por presente, computando el voto en favor del indulto que él emitiría desde la eternidad. El primer derecho del hombre es el de la vida. Espinosa ofrecía la suya para que fueran respetadas las de sus enemigos. Al terminar el Presidente Aguirre la lectura de la carta, los 350 congresistas, como si hubieran sido movidos por un mismo resorte, se pusieron en pie, ofreciendo en su silencio impresionante el testimonio de su profunda emoción, impregnada no tan solo ni principalmente de sentido específico vasco, sino de honda significación genéricamente humana.

La Comisión Política había incluido en la propuesta de sus Conclusiones, entre otros extremos, el siguiente: "Ni el odio ni el rencor han tenido cabida en el acervo moral de los vascos; y siendo la democracia, por su naturaleza, propicia a la buena inteligencia de los ciudadanos que la constituyen, el mayor interés de este Congreso va vinculado a la idea de ofrecer una total y absoluta reconciliación, honda y lealmente sentida, a todos los hombres que, honradamente y de buena fe, lucharon por su ideal en uno u otro campo, sentimiento que lleva consigo la liquidación de viejas e intestinas querrelas y la apertura de una era de fraterna colaboración en la obra que puede y debe sernos común de restaurar el orden y la paz interior y con ellos, la moral, la justicia, la libertad y el trabajo".

Don Julio de Jauregui, diputado demócrata-cristiano, primero, Don Santos Fernandez, miembro socialista de la Comisión Política, después y el canónigo Don Alberto de Ominia, a nombre del clero vasco, por último, ocuparon la tribuna en apoyo de aquella propuesta. Sería difícil el fijar cuál de los tres se manifestó más demócrata, más humano y más cristiano. Al terminar el sacerdote vasco su oración, la ovación mayor que el Congreso registró le fue rendida como testimonio de Adhesión. Los congresistas, puestos en pie, aplaudían y lloraban al mismo tiempo. Aquellas emociones humanas, profundamente humanas, brotaban de las grandes reservas del espíritu.

Se evocó la figura de Jesús de Galíndez, el vasco exilado, en la lucha frente al régimen franquista, convertido en Nueva York en símbolo de la libertad, al servicio de la cual fué sacrificado. La exaltación con que los assembleístas escucharon las palabras del Presidente Aguirre, era seguida del silencio profundo y evocador dedicado al recuerdo del ausente. En pie toda la concurrencia fue atendida la lectura de la exposición que el Congreso acordó elevar al Primer magistrado de los Estados Unidos. Todos los vascos demócratas de la tierra allí representados, dejaron sellada su solidaridad con la víctima de Trujillo. Todos se levantaron de sus sillas para demandar, para todos los pueblos de la tierra, un régimen de derecho, de dignidad humana, de libertades públicas, en cuya defensa cayó el gran luchador vasco, profesor de la Universidad de Nueva York, extraído, como sus compatriotas, de las grandes reservas del espíritu.

Para poder relacionar estas anécdotas hemos escrito los párrafos precedentes. Debemos ser optimistas y creyentes en las virtudes de la naturaleza. El pueblo vasco es uno de los más pequeños de Europa, pero en su vieja sangre pre-indoeuropea se encuentra afirmado y robusto el sentido humano de la vida que produjo a Lope Aguirre para enfrentarlo con el poder despótico de Felipe II, a Fray Juan de Zumarraga para fundar en México la primera Universidad del Hemisferio occidental, a Francisco de Vitoria para sentar las bases del Derecho Internacional, a Sebastian Elcano para dar la vuelta al globo, a Francisco de Javier para alcanzar el nimbo descrito por el poeta como "el misionero más loco del mundo" y al Presidente Aguirre para convocar y dirigir el Congreso Mundial de los Vascos, dando lugar a que en sus deliberaciones se manifiesten las grandes reservas del espíritu, por las cuales, un pueblo pequeño puede colocarse a la cabeza de la civilización.

MAMEL DE IRUJO.